

Provocación de los místicos (modernos) a la Vida Religiosa hoy. Un intento por encontrar en la mística de ojos abiertos de Madeleine Delbrêl, semillas para revitalizar la atención y el anhelo.

(En el centenario del nacimiento de Madeleine Delbrêl, 1904 – 24 de octubre – 2004)

Testimonio N° 204 - 2004

Martín Königstein ss.cc.

Madeleine Delbrêl (Paris, 1904 - 1964), se destaca entre aquellas cristianas y cristianos que han sentido el reto de una época en que Dios parece ausentarse. En su juventud ella misma fue no creyente, fue estudiante de filosofía en la Sorbona y publicaba con éxito sus poesías.

“Entonces encontré a Dios, o más bien, al orar me di cuenta que Dios me encontró a mí y que Él es una realidad viviente y que se le puede amar como se ama a una persona.”¹

Cada vez más ella se da cuenta que es Dios, él que tiene la iniciativa: “Yo te he amado con amor eterno; por eso te atraje con fidelidad.” (Jer 31, 3) Y contemplando a este Dios que la “ha encontrado” que la atrae con mucha fuerza, Madeleine ve que **“para encontrar a Dios hay que saber que Él está en todas partes, pero también hay que saber que Él nunca está sólo”**. Este descubrimiento la motivó y la determinó para el resto de su vida. Interrumpe los estudios en la Sorbona y comienza una nueva carrera que le ayudará a encarnar y concretizar lo que va descubriendo: **“nuestra única tarea es amar”**. Madeleine será asistente social en la periferia de París. Se va formando una comunidad de mujeres jóvenes que comparten la misma búsqueda y se preparan juntas para su “misión” en la iglesia. Iglesia es para ella antes que nada y más que ninguna otra cosa la “encarnación del Amor de Dios”, encarnación del Evangelio de Jesús.

“Cuando tengamos nuestro Evangelio en las manos, debemos pensar que en él habita el Verbo que quiere hacerse carne en nosotros, apoderarse de nosotros, para que con su corazón, insertado en el nuestro, con su espíritu unido a nuestro espíritu, reanudemos su vida en otro lugar, en otro tiempo, en otra sociedad humana.”² No basta leer el Evangelio, hay que “encontrarse con la persona de Jesús, en oración, en búsqueda y escucha atenta, abierto a lo que él dijo, lo que él hizo. Exponemos nuestra vida - tal cómo está - delante de él, para que él la transforme cada vez más en lo que debe ser.”³

Asumir la misión de encarnar el amor de Dios, “reanudar la vida de Jesús en otro tiempo y en otra sociedad humana” significa para ella partir. Misión es éxodo, es un salir y un llegar. Al finalizar sus estudios y después de haberse recibido como asistente social, la comunidad de Madeleine parte. Simbólicamente realizan este paso imitando las ceremonias de envío y de despedidas de aquellas mujeres y hombres que partían a lejanas tierras de misión desde uno de los grandes puertos, emprendiendo su viaje hacia el destino en barco. Madeleine y su comunidad hacen un retiro, celebran una fiesta de despedida con familiares y amigos, y estos los acompañan a la

¹ Madeleine Delbrêl, *Ville marxiste terre de mission*, Paris 1995, (VM)

² Madeleine Delbrêl, *La alegría de creer*, Salamanca, 1995, (JC) p. 38

³ Madeleine Delbrêl, *Indivisible amour*

estación del tren metropolitano de la Place d'Italy donde se despiden con pañuelos, saludos y buenos deseos, para que las misioneras lleguen bien a Ivry en la periferia de Paris, su lugar de misión. Ellas son "misioneras sin barco"⁴. Este fue el primer paso de este "éxodo misionero", de ahora en adelante dirá "somos distintos, somos gente de la calle". Aunque pronto se verá que esta partida de aquel 15 de octubre desde la Place d'Italy no fue suficiente. Madeleine se da cuenta que la vida y el anuncio tradicional de la fe permanecen al interior del ambiente eclesiástico y sirven en el mejor de los casos para fortalecer a los que ya están y para reforzar su compromiso. Y así, al cabo de dos años, deja su trabajo en la parroquia de Ivry. Madeleine, siempre atenta, se había dado cuenta que:

"Si en mi ciudad y en otras ciudades hay personas que dicen que Dios está muerto y si los cristianos - conscientes o no - han sido responsables de esta situación, entonces soy yo la que vive hoy y soy yo la que es responsable hoy."⁵ Pero debe constatar que "en ambientes en que cristianos viven entre sí por varias generaciones, se produce una confusión entre la fe y una cierta mentalidad y unas costumbres que se tienen por cristianas.

En esta mentalidad, el libre don de sí mismo de Dios, el poder conocer quién es Él, el poder actuar como Él quiere, el don de la vida creada y de la vida eterna, de la creación y de la encarnación salvadora, todo esto se ha ido transformando en una posesión heredada y adquirida desde nacimiento en las familias cristianas.

Poco a poco las virtudes evangélicas se han transformado y se confunden con el comportamiento de una persona decente.

Si de esta manera la vida cristiana es debilitada en su esencia, es fácil que, opiniones y obligaciones ajenas al evangelio, recubran y aplasten lo auténticamente evangélico y cristiano.

Los cristianos se apegan a moralismos, a opiniones políticas, adoptan un cierto estilo de vida y costumbres de por sí indiferentes, y consideran todo esto como obligaciones de la vida cristiana, lo confunden con la vida de fe."⁶

No será, entonces, al "interior" de la comunidad parroquial con sus trajines y costumbres, sus tradiciones, donde podrá asumir esta responsabilidad. Madeleine ve que en la parroquia tradicional en el mejor de los casos ella podrá contribuir a mejorar un poco a los que ya están allí. Ella quiere ir más allá y se da cuenta que lo que dificulta este paso son nuestros apegos y acostumbraimientos. Si "Misión" es partir, la partida tiene su costo, hay que renunciar a "todo lo que no es el reino de los cielos". Para poder partir hay que soltar amarras, hay que desaparecer para ir con paso ligero.

"No puede no ir aquel que tu Espíritu une a ti.
Siempre imaginamos que para ir son necesarios caminos,
etapas, países que cambian.
Pero no es ése tu camino.
Es, simplemente, la vida.
La vida que transcurre
y que nos lleva en cuanto soltamos amarras. (...)

"Pues, si amáis solamente a los que os aman..."
no necesitáis ir..., ellos vendrán a vosotros.

⁴ Madeleine Delbrêl, *Nous autres, gens des rues*, Paris 1995, (NA) p. 68

⁵ VM, p. 192

⁶ NA, p. 253

Pero si amáis a los que no os aman...,
tendréis que salir constantemente a su encuentro.

Es la pobreza del que va.

Es inaudito el número de cosas que nos impiden
ser ágiles, ser ligeros.
No nos damos cuenta, pero
si de la noche a la mañana fuésemos desposeídos,
nos encontraríamos espontáneamente
al lado de un montón de gente
que nos parece que vive al otro extremo del mundo.

(lo que nos impide ser ágiles son nuestras teologías, nuestra moral aburguesada, la política eclesiástica, nuestras costumbres, ...⁷)

Quien quiera conocer libremente
a estos hermanos desbaratados
que pueblan el mundo
necesita una indiferencia real hacia todo lo que no sea
esta fe desnuda, esencial,
que hace perder la memoria y el gusto
y su propia originalidad.
Esa fe que nos hace banales
con una gran banalidad que todos los santos han aceptado
y que les condujo hasta los confines del mundo.

Y es que el precio de la pobreza es un precio exorbitante.
Se compra con el sacrificio de todo lo que no es
el reino de los cielos.

Entonces nos parecerá interesante
todo lo que interese a los demás,
y virtuosos los heroísmos que no nos atraían,
y fraternas personas que nunca se han parecido a nosotros.

Entonces, quienes nos encuentren en su camino
tenderán las manos ávidas
de un tesoro que brotará de nosotros;
de un tesoro liberado de nuestras vasijas de barro,
de nuestros cestos abigarrados,
de nuestros baúles, de nuestro equipaje,
de un tesoro simplemente divino,
que estará a la moda de todos,
porque habrá dejado de vestirse a nuestra moda.

Entonces seremos ágiles y, a nuestra vez,

⁷ El texto entre paréntesis reemplaza un párrafo más largo en el original (Nota del recopilador).

nos habremos convertido en parábolas,
parábola de la perla única,
minúscula, redonda y preciosa,
por la que hemos vendido todo.”⁸

Madeleine deja su trabajo en la parroquia y la contratan en la municipalidad de Ivry como asistente social. En el municipio de Ivry gobernaba hacía varios años el Partido Comunista. Madeleine había llegado al lugar y al entorno donde podrá vivir su vocación misionera. No necesitó barco para llegar, pero sí mucha atención y docilidad al Espíritu, capacidad de discernimiento, para poder obedecer. El marxismo, así como lo encuentra Madeleine en el ambiente de Ivry, en cuanto cultura atea ya despojada de costumbres y tradiciones “cristianas”, desafía la vida de fe porque no se contenta con las respuestas tradicionales que no le dicen nada. Las comunidades eclesiales y burguesas desafían la vida de fe porque han reducido las exigencias del Evangelio a la conducta de “personas decentes” y confunden un conjunto de costumbres con la vida de fe, tratan a Dios como si fuera una idea y lo han reducido a su propiedad privada. En este contexto Madeleine escribe:

“El conocimiento del marxismo (podríamos agregar: del agnosticismo, del ateísmo práctico, de la indiferencia, etc) ha llegado a ser para nosotros la ocasión de una ferviente vuelta a vivir concretamente nuestra vida de fe, a tomar esta fe por lo que es: la posibilidad inaudita de conocer a (un) Dios que vive, y de amar a (un) Dios que nos ama. Tenemos la ocasión de saber mejor que Dios es el compañero de nuestra vida, como también es la causa y la meta de nuestra vida y de decir esto en voz alta. Aceptamos ser minúsculos, cargados con una misión que nos desborda, que nos aplasta: poder glorificar a Dios por nosotros mismos y por todos.”⁹

Y pensando en la cristiandad de su tiempo constata:

“No anunciamos una buena noticia porque el evangelio no tiene nada de nuevo para nosotros. Nos hemos acostumbrado y el evangelio se ha transformado en una novedad vieja. El Dios vivo dejó de ser una felicidad tremenda y conmovedora. Dios es algo que suponemos y que ha llegado a ser el telón de fondo de nuestra vida. No nos damos cuenta lo que significaría la ausencia de Dios para nosotros; y así tampoco nos podemos imaginar lo que significa para los demás. Cuando hablamos de Dios, hablamos de una idea, en vez de dar testimonio de un amor que nos sostiene y que podemos compartir con otros. No podemos anunciar nuestra fe a los no creyentes como un camino de liberación del sin-sentido de un mundo sin Dios, porque no nos damos cuenta de este sin-sentido. Defendemos a Dios como defendemos nuestra propiedad privada, no lo anunciamos como la vida de toda vida, como él que está próximo a todo lo que vive. No anunciamos la eterna novedad de Dios, más bien polemizamos y defendemos una forma determinada de comprender la vida que queremos que sobreviva. Por lo tanto todo esfuerzo de inserción, de estar cerca de los demás para poder ser comprendidos, para hablar su mismo lenguaje, todo intento de estar presente, será inútil, si no nos reencontramos primero con el mensaje total que hemos recibido para compartirlo.”¹⁰

Para Madeleine Delbrêl esta doble ausencia de Dios (en el ambiente aburguesado - eclesiástico por el acostumbramiento y en el ambiente marxista por su ateísmo militante) es un ejercicio

⁸ JC, p. 91 ss

⁹ VM, p. 166

¹⁰ NA, p. 256

espiritual intenso. Se trata de dejarse evangelizar de nuevo, se trata de redescubrir qué es lo esencial en la fe cristiana.

“Para poder entregarse por entero al Evangelio y para poder descubrirlo a través de la doble nada de nuestra condición de seres creados y de pecadores es necesario tomar conciencia de las dos oscuridades entre las cuales se inserta nuestra vida: la oscuridad insondable de Dios y la oscuridad del ser humano.

Hay que sumergirse en el ambiente de muerte que es toda nuestra manera humana de amar: la destrucción del tiempo, la fragilidad universal, la descomposición del tiempo, de todos los valores, de los grupos humanos, de nosotros mismos.

En el polo opuesto hay que tocar el universo impenetrable de la interioridad (de la firmeza) de Dios, para poder percibir el horror de la oscuridad de tal manera que la luz del Evangelio llega a ser más indispensable que el pan.

Quién no toma el libro del Evangelio con la decisión de un hombre al que le queda esta última esperanza, no lo podrá descifrar ni podrá acoger su mensaje.”¹¹

“A la hora actual las palabras “luz” y “tinieblas” cobran un sentido muy especial. La palabra “tinieblas” de la Biblia se refleja para nosotros en personas que conocemos muy bien, tinieblas más oscuras que nunca.

No solamente es que Dios, así como se revela en el Evangelio, ha sido rechazado. Todo reflejo de Dios, toda huella de Dios (son ignorados).. El hombre es suficiente. El hombre no quiere otra luz que a sí mismo. (...)

Si el cristiano penetra en la mentalidad y el pensamiento de sus hermanos, está en contacto con tinieblas de una densidad extraordinaria. Esta densidad aumenta, para el cristiano, por el contraste de la luz que él lleva dentro de sí mismo. (...)

Cuánto más recibimos y acogemos la luz de Dios en nosotros, más trágico viene a ser el contraste.

Y este es, a mi parecer, en el momento actual, el punto de partida de las perspectivas misioneras. (...)

Los contactos con el ateísmo actual, o con la no-creencia, o con la indiferencia, no sólo deben suscitar en nosotros la caridad misionera, deben **revitalizar nuestra fe, una fe que se abre a recibir más luz.** (...)

Porque la fe que hemos recibido de Jesucristo nos capacita para amar a Dios, porque por esta fe hemos conocido a Dios. Pero nuestra situación de cristianos demasiado acostumbrados a serlo, hace que no usemos esta capacidad, o al menos la usemos demasiado poco. Amamos a Dios mediocrementemente porque lo conocemos a medias. **De tal manera que parece ser nuestra primera obligación conocer a Dios al máximo para poder glorificarlo al máximo y para poder compensar al máximo el desconocimiento de Dios en nuestro prójimo más cercano.**

Si nos convencemos de que esta es nuestra primera obligación temporal, entonces, creo yo, podemos enfrentar todas las demás obligaciones temporales sin perder el equilibrio de nuestra vida sobrenatural, porque nos inserta irreductiblemente entre el primer y el segundo mandamiento del Señor.”¹²

“Desde siempre el Espíritu Santo llevó a los enamorados al desierto. A nosotros, misioneros sin barco, el Espíritu nos lleva a otros desiertos... En unos instantes más se abren las puertas de acceso y subiremos a un tren del metro. Veremos rostros, frentes, bocas, O cuando en la noche, con lluvia o con luna encontramos personas en la vereda, gente que habla de maletas, de comida, de dinero, del trabajo, de miedos, de peleas, pero nunca, casi nunca de lo que nosotros entendemos por amor.

¹¹ NA, p. 72

¹² NA, p 207 s

En medio de la masa, corazón con corazón, apretados entre tantos cuerpos en el tren del metro, todos desconocidos, nuestro corazón late como un pajarito apretado en un puño. El Espíritu Santo, todo el Espíritu Santo, en nuestro pobre corazón. El amor, tan grande y tan ancho como Dios mismo, pulsa en mi corazón como un mar que quiere liberarse, que quiere expandirse, entrar en todas estas gentes ...

Puedo andar por todas las calles, puedo viajar en todos los trenes de metro, puedo subir todas las escaleras, puedo llevar al Señor a todas partes.

Señor que la costra que cubre mi corazón no sea un obstáculo para que pase tu amor. ¡Pasa!
¡Traspasa!

Mis ojos, mis manos, mi boca son tuyos.

Esta mujer tan triste frente a mi; aquí está mi boca para que tu le sonrías.

Este niño tan pálido; aquí están mis ojos para que tú lo mires con cariño.

Este obrero tan, pero tan cansado; aquí está mi cuerpo y mi voz para que tu le des mi asiento y le digas: "siéntate".

Este muchacho tonto, tan engreído y aparentemente tan duro; aquí está mi corazón para que tú lo ames, más fuerte que jamás ha sido amado."¹³

Madeleine es exigente y audaz cuando piensa en formas concretas de llevar adelante la misión. Y ella es consecuente y coherente en su estilo de vida personal. Ha tenido propuestas, sugerencias y presiones para integrarse a una comunidad religiosa o fundar un instituto secular. Nunca ha querido aceptar, porque ella decía de sí misma y de su comunidad: 'somos diferentes, somos gente de la calle'.

"Para que la fe sea entendida, su mensaje comprendido, es necesario que los que la anuncian no acepten que nada los separe del mundo excepto esta misma fe. Ellos deben querer unirse a los hombres y las mujeres del mundo como hermanos/as de sangre, como hermanos/as de un mismo destino. Si ellos son forasteros en el mundo a causa de su fe no lo deberán ser, por responsabilidad propia, por ninguna otra razón."¹⁴

Y ella sabía que hacerse hermano/a de destino de las mujeres y hombres de nuestro mundo contemporáneo puede significar alejarse mucho del ambiente acogedor y protector de la comunidad eclesial, de la 'Iglesia hogar', alejarse más que viajar en barco a lejanas tierras de misión.

"El 'mundo', evangélicamente, parece en contradicción con el reino de Dios.

Ir al mundo, aceptar el compromiso cristiano en el mundo, será conocer, asumir y codearse con todo lo que en cada hombre, prójimo cercano o no tan cercano, es ajeno y opuesto a Dios.

Es penetrar allí donde, en cierta manera, Dios no está; caminar hacia el desconocido designio de la redención; caminar como un hombre en medio de los hombres, pero como un hombre habitado por Dios. (...)

El cristiano va a encontrarse en contacto con la negación absoluta y pública de Dios. ... incluso allí donde el cristiano se sitúa por creer en un Dios adorable. Adorar a Dios es llamar 'Dios' a Dios en un mismo acto; todo lo que hace a un hombre cristiano, todas nuestras relaciones con Dios, se reconocen en un único acto. Frente a la no-creencia (en el original dice "marxismo"), la adoración se impone como un acto esencial de justicia elemental. (...) Nos impulsa irresistiblemente a permanecer

¹³ NA, p. 69

¹⁴ NA, p. 183

allí donde se dice: 'Dios ha muerto', a dejar que se inscriba en nosotros, en vivo, el nombre de Jesucristo, Dios y salvador vivo también. (...)

La soledad inmensa de la adoración que se había apoderado de nosotros se duplica en una soledad de amor: 'porque no somos del mundo, el mundo nos odia', nos desprecia como parcialmente inexistentes, como algo muerto que puede propagar la muerte. (...)

El Espíritu de Dios lleva (a la Iglesia) a traspasar nuevas fronteras, afrontar nuevos éxodos, a perseguir su tierra prometida: las promesas hechas por Jesucristo a los confines de la tierra. Esto es algo que la Iglesia no vive en abstracto, sino que necesita nuestra carne, nuestra sangre y nuestro corazón; necesita constantemente a algunos de sus hijos para vivirlo. Y aquellos de sus hijos que el Espíritu impulsa y que ella envía se alejan de todo lo que significa en ella la ciudad de Dios, de todo lo que prefigura la patria de la eternidad. Sus hermanos ya no los distinguen bien y apenas los reconocen. Su unidad sólo se conoce por la fe. La vida misma que recibimos de una comunidad cada vez más presente, pero también cada vez más sumida en el misterio de la fe, nos hace ser unos solitarios. Y esta soledad la sufrimos entre hombres a los que amamos cada vez más en los terrenos en que no hay obstáculos; hombres que son nuestros hermanos, sufrientes a veces, ciegos con frecuencia, amados siempre.

La tensión de todo compromiso cristiano se explica por la Cruz, se resuelve en la Cruz: ella es nuestro equilibrio normal de cristianos. (...) La cruz está plantada precisamente allí ... entre los dos mandamientos de la caridad que Dios quiere inseparables y distintos.”¹⁵

“Al contacto con cada no-creyente me transformo en frontera de la Iglesia; intento discernir donde hay que ser flexible y donde hay que ser firme en este apostolado de frontera. Sé que la fidelidad compasiva de Dios vigila esta frontera, que Cristo el Señor quiere ser anunciado hasta los confines de la tierra...”¹⁶

“Aunque el mundo rechaza a Dios, el corazón de cada ser humano está 'hecho para Dios'. Pero si un hombre debe reconocer a Dios, no será en un dios pequeño, en un 'diosito', reducido a nuestro tamaño. Si el Dios, 'a quién nadie ha visto' puede ser conocido a través de Cristo y a través de su Evangelio, él no podrá ser reconocido en un Evangelio que nosotros hemos reducido a nuestros conceptos y a nuestras fuerzas.”¹⁷

“Somos libres para aceptar o no la voluntad del Señor. Pero sabemos que hay algo en la voluntad del Señor que no se discute: debemos amar a Dios. No podemos amar a Dios sin amar a cada ser humano tanto como a nosotros mismos (este es el mínimo), y no podemos amar a los hombres de una manera que nos impide amar a Dios. Esto es tan enorme, tan absoluto, tan indiscutible, tan ley fundamental de nuestra vida, que todo lo demás pasa a ser secundario.”¹⁸

“Nuestra única tarea es amar”

Del P. Esteban Gumucio cuentan que un día, ya viejo y enfermo, fue invitado a tomar té con un grupo de personas que viven con VIH/SIDA. No hubo nada especial, Esteban compartió sencillamente con el grupo, conversando, interesándose por cada uno y cada una. Al final del encuentro, cuando ya se despedían, uno de los presentes le dijo a Esteban: “Padre, yo no creo en Dios. Pero quiero decirle, que si su Dios es un poquito así como es Usted, yo quisiera poder creer en él.”

¹⁵ JC, p. 168 ss

¹⁶ VM, p. 37

¹⁷ NA, p. 183

¹⁸ NA, p. 164

En Esteban era tan claro que él había encontrado a Dios y que él también sabía que Dios lo había encontrado a él. Y que no podía ni mirar ni amar a Dios sin ver al mismo tiempo los rostros concretos de cada hermano, de cada hermana. Esteban sabía que “para encontrar a Dios hay que saber que Él está en todas partes, pero también hay que saber que Él nunca está sólo” .

Los escritos de Madeleine Delbrêl, aquí recopilados, dan cuenta de que el punto de partida de toda perspectiva misionera es la revitalización de la propia fe, una fe que se abre a recibir más luz para que esta luz “ilumine las tinieblas del propio corazón”; una fe, en definitiva, que nos permite conocer a Dios y nos capacita por lo tanto a amar a Dios. Para Madeleine era evidente lo que expresa Karl Rahner en esta frase conocida: “El cristiano de mañana será un místico - o sea alguien que ha experimentado algo - o no será nada.” Sin la experiencia mística no es posible dar testimonio del Dios vivo, Vida de toda vida. Sin la experiencia mística sólo defendemos a Dios como nuestra propiedad privada, polemizamos y defendemos una forma determinada de comprender la vida que queremos que sobreviva. Sin la experiencia mística seguiremos preocupados de las estadísticas y nos deprimimos porque en nuestras iglesias y congregaciones religiosas somos cada vez menos y cada vez más viejos. Mientras no abrimos el corazón para recibir más luz seguiremos buscando “éxito” en nuevos métodos pastorales (que por lo demás se desgastan cada vez más rápidamente) y en nuevas estructuras organizativas.

La lectura de los textos de Madeleine Delbrêl nos hace ver también que la línea divisoria entre fe y no-creencia, entre “luz y tinieblas” no pasa entre los y las que somos iglesia, como laicos y laicas, como religiosos y religiosas y aquellos que dicen ser ateos o agnósticos. La lucha entre fe y no-creencia tiene lugar en mi propio corazón. Y esto no es nada nuevo. Madeleine conocía muy bien a la santa de Lisieux que describe su experiencia de Dios así: “Cuando quiero que mi corazón fatigado descanse de las tinieblas que lo rodean evocando el recuerdo del país luminoso al que aspiro, mi tormento arrecia. Me parece que las tinieblas, apropiándose la voz de los pecadores, se burlan de mí diciéndome: “Sueñas con la luz, con una patria perfumada con las más suaves fragancias; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas, crees que algún día saldrás de las brumas que te rodean. ¡Adelante!, ¡adelante!, alégrate por la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche aún más oscura, la noche de la nada”.

Madre querida, la imagen que he intentado darle a las tinieblas que entenebrecen mi alma, es tan imperfecta como un esbozo comparado con el modelo. Sin embargo no quiero escribir más. Tengo miedo de blasfemar... hasta tengo miedo de haber dicho demasiado.

¡Qué Jesús me perdone si le he disgustado! Él sabe muy bien que aunque no tenga el **gozo de la fe**, al menos trato de hacer obras de fe. Creo que he hecho más actos de fe desde hace un año que toda mi vida.

En cada nueva ocasión de combate, cuando mi enemigo viene a provocarme, actúo como un valiente; sabiendo que es cobardía batirse en duelo, doy la espalda a mi adversario sin dignarme mirarlo a la cara. En cambio corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de sangre por confesar que hay un cielo. Le digo que soy feliz de no gozar de ese hermoso cielo acá en la tierra, a fin de que él lo abra por toda la eternidad a los pobres incrédulos. (...)

Cuando canto la dicha del cielo, la eterna posesión de Dios, no siento por ello ninguna alegría, canto simplemente lo que **quiero creer**. Es verdad que a veces un rayo de sol viene a iluminar mis tinieblas: entonces la prueba cesa por un instante, pero luego, el recuerdo de ese rayo de sol en vez de causarme alegría torna más espesas aún mis tinieblas.

Madre mía, nunca he experimentado tan bien qué suave y misericordioso es el Señor. Me ha enviado esta prueba justo en el momento en que tenía fuerzas para soportarla. Si me la hubiese enviado antes,

tengo por cierto que me hubiera sumido en el desaliento. Ahora, ella me quita todo lo que hubiera podido haber de satisfacción natural en el deseo que tenía del cielo. Madre querida, me parece que ahora nada me impide levantar vuelo porque ya no tengo grandes deseos si no es el de amar hasta morir de amor...”¹⁹

Los misioneros - las misioneras sin barco, “la gente de la calle”, cada vez más se dan cuenta que son “hermanos y hermanas de sangre” de las mujeres y hombres con quienes se encuentran en el supermercado, en el cine, en una oficina, con quienes viajan en el metro o con quienes caminan en la calle. Somos compañeras y compañeros de destino de la humanidad y la vida misma se está encargando a enseñarnos a ser solidarios/as.

Ojalá podamos decir con la santa de Liseux y con su maestro Juan de la Cruz: “me parece que ahora nada me impide levantar vuelo”.

¹⁹ Teresa del Niño Jesús, Historia de un Alma, Madrid, 1997, p. 357 s

(traducción del francés, menos el texto “La alegría de creer”, MK)